

ANNALYDA ALVAREZ-CALDERON GERBOLINI
JOSEPH DAGER ALVA • ANTONIO ESPINOZA RUIZ
ROSA MARIA MACERA ZEVALLOS • SUSIE MINCHIN LEME
SOLEDAD OLAECHEA PARDO
NATHALIE DE TRAZEGNIES THORNE
- COMPILADORES -

La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

Capítulo 1



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1993

Edición preparada por:

Annalyda Alvarez-Calderón Gerbolini

Joseph Dager Alva

Antonio Espinoza Ruiz

Rosa María Macera Zevallos

Susie Minchin Leme

Soledad Olaechea Pardo

Nathalie de Trazegnies Thorne

Dirigida por:

Franklin Pease G. Y.

La Historia del Perú en la Revista de la Universidad Católica

Cubierta: Instituto Riva-Agüero

1966

Foto por José Gushiken

Archivo de la Pontificia Universidad
Católica del Perú.

© 1993, por Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel. Apartado 1761, Lima, Perú. Tefs. 626390 y 622540, anexo 220.

ISBN 84-89309-62-0

Derechos Reservados

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Impreso en el Perú - Printed in Peru

LA CAIDA DEL IMPERIO INKAICO

Fragmento de un estudio sobre la conquista del Perú.

La derrota de Cajamarca no se explica simplemente por el arrojo de los españoles ni por el miedo de los indios. Tampoco se explica por los factores sobrehumanos alegados por ambas partes: ni el milagro del apóstol Santiago ayudando con su espada formidable a los españoles, ni la profecía de Huayna Cápac de que habla Garcilaso sobre la próxima terminación del imperio y venida de unos hombres blancos y barbudos, a los que debían obedecer. Aunque estas alucinaciones tuvieron poder sobre el ánimo de ambos pueblos contendientes, no fueron las fuerzas determinantes.

Tampoco lo fueron los elementos materiales: las armas y los caballos de los españoles. Es cierto que infundían espanto los arcabuces y las cargas de caballería, pero la superioridad de las armas españolas estaba compensada en la enorme superioridad numérica de los indios y el espanto primitivo causado por los caballos desapareció pronto. Los indios trataban de evitar éstos eludiendo los llanos, combatiendo en las breñas, abriendo hoyos en los campos para que se desparnancaran los equipos. En el sitio de Cusco varios indios se cogían de las colas de los caballos impidiéndoles caminar. En la campaña de Benálcazar contra Rumiñahui las cabezas de los caballos muertos, eran colocadas en estacas coronadas de flores.

En realidad el Imperio Inkaico empezaba a derrumbarse solo. Era un organismo caduco y viciado, que tenía en su enormidad territorial el más activo germen de disolución. La grandeza del imperio estaba ligada esencialmente a la existencia al frente de él de grandes espíritus guerreros y conquistadores como los de los últimos Inkas Pachacutec y

Tupac Yupanki, y, sobre todo, a la conservación de una casta militar, sobria y virtuosa, como la de los orejones. Con Huayna Cápac se inició la decadencia. Huayna Cápac era aún un gran conquistador como su padre y abuelo, pero en él se presentan y se afirman ya los síntomas de una corrupción. Las victorias inkaicas son más difíciles y lentas, no se siente ya el ímpetu irresistible de las legiones kechuas. La conquista de Quito es la pérdida del Tahuantisuyo. Las tribus se rebelan apenas sometidas y escarmentan a los vencedores. Los orejones, la invencible y austera casta de los anteriores reinados, educada en la abstinencia, la privación y el trabajo, había perdido su vigor. Ya no comían maíz crudo ni viandas sin sal, no se abstendían de mujer durante los ejercicios preparatorios de su carrera militar, ni realizaban trabajos de mano, ni eran los primeros en el salto y la carrera. De las clásicas ceremonias instituidas por Tupac Yupanqui para discernir el título de orejón, sólo conservaban el amor a la chicha. Mientras más beber, más señor es, llegó a decirse. Los Pastos les sorprenden y les diezman, después de una victoria, porque según cuenta Sarmiento, estaban “comiendo y bebiendo a discreción”. Los cayambis, un pueblo rudo y desconocido, resisten al ejército inkaico, y hacen huír por primera vez a los orejones, dejando en el campo indefenso y en peligro de muerte al Inka. Este tiene que usar para someter a los cayambis métodos que contradicen la proverbial humanidad de su raza y las tradiciones pacificadoras del Imperio: matanzas de prisioneros, guerra sin cuartel a mujeres y a niños, incendio y saqueo de poblaciones. El vínculo federativo que era el sostén del Imperio, no era ya así libre y voluntario o conseguido por la persuasión, sino impuesto por la fuerza. La cohesión inkaica estaba desde ese momento amenazada por el odio de los pueblos vencidos y afrentados. Las sublevaciones se suceden y los enormes cambios de poblaciones ordenadas por Huayna Capac, verdaderos destierros colectivos de grandes masas, no hacen sino aumentar el descontento de vasallos y sometidos.

Sus conquistas, su valor personal, el respeto supersticioso de sus súbditos, no bastan a ocultar la condición viciosa y decadente del monarca. Reúne aún las condiciones viriles de sus antepasados, pero relajadas por su tendencia invencible al placer, al fausto y a la bebida. Su afán de construir en Tumibamba palacios que superasen a los de Cusco, aparte de revelar su frivolidad suntuaria es, por haber provocado el resentimiento cusqueño; una de las causas de la disolución del Imperio. Fiestas y diversiones llenan las últimas etapas de su reinado, transcurrido

en la sede sensual y enervadora de Quito. Bailes y borracheras amenizaban el paso del cortejo de Huayna Capac, —formado de aduladores y cortesanos— por todo el Tahuantisuyo. El Inka encabezaba estos desbordes livianos. Era “vicioso de mujeres” dice Cieza, privaban con él los aduladores y linsojeros y era el primer borracho del reino. “Bebía mucho más que tres indios juntos” cuenta Pedro Pizarro, y cuando le preguntaban que como no perdía el juicio bebiendo tanto, respondía el viejo Baco vicioso “que bebía por los pobre que él muchos sustentaba”.

Huayna Capac, era a pesar de estos vicios, grave, valiente y justiciero. Los indios le querían y le respetaban. “Era muy querido de todos sus vasallos” dice Pedro Pizarro y Cieza afirma que “quería ser tan temido que de noche le soñaran los indios”. En sus manos no corría peligro la unidad del Imperio. Pero él creó el germen fatal de la disolución: una sede rival del Cusco, en regiones distantes y apenas conquistadas y al crear la causa de la futura división inkaica, allanó el camino de los españoles. Si la tierra no hubiera estado divisa —dice uno de los primeros conquistadores— o si Huayna Capac hubiera vivido, “no la pudiéramos entrar ni ganar”.

La decadencia iniciada, aunque envuelta en fausto, en el reinado de Huayna Capac se acentúa a la muerte de éste. Huáscar, el heredero legítimo, carecía del don directivo y de la firmeza de ánimo necesaria para conducir tan vasto y heterogéneo Imperio. Su padre le había creado además un problema político, para ser resuelto por capacidad y voluntad superiores a la suya. Le faltaba hasta el valor físico para enfrentar y desarmar con su prestigio de hijo del Sol, a sus enemigos. El estigma de la indisciplina y la desobediencia se apoderaba de sus vasallos. El espíritu regional ambicioso de los quiteños, alentado irresponsablemente por la frivolidad sensual de Huayna Capac, se alzaba contra él retando su poder. Cuzqueños y quiteños habían llegado por causa de rivalidad, a odiarse irreconciliablemente.

Huayna Capac completó su error no acordándose, en el devaneo de su vida sensual, de preparar y asegurar la sucesión normal del Imperio. Con una acción previsora en este sentido, y con el respeto que le tenían sus súbditos, su decisión testamentaria claramente expresada y reafirmada, hubiera evitado la confusión y la discordia que sobrevinieron a su muerte.

No interesa aclarar para éste si dictó a última hora, como quieren algunos cronistas, por medio de unas rayas pintadas sobre un bastón, su decisión dinástica. Hubiese ordenado en su testamento que el heredero

como único señor del Imperio indivisible Huáscar, Ninán Cuyochi o Manco Inka, o dispuesto la división del Imperio entre Huáscar y Atahualpa, dejándole a aquél el Cusco y a éste Quito, la separación del Norte, y del Sur se hubiera irreparablemente producido. Atahualpa no fué sino el nombre propio, de una insurrección regional incontenible contra el espíritu absorcionista y despótico de la capital: el Cusco.

Atahualpa, acaso, más audaz e inteligente que Huáscar, hubiera podido, de haber sido el heredero legítimo y no un bastardo, contener la disolución del Imperio a base de astucia y de tino político, de enérgica violencia en último caso, pero no es dable suponer que llegara a obtener la adhesión sincera y leal del bando cusqueño. La insurrección habría estallado tarde o temprano o en su lugar Atahualpa habría tenido que imponer un sangriento despotismo como el que inauguraron en el Cusco, sus generales Quisquis y Calcuchima a raíz de la derrota y apresamiento de Huáscar.

Cusqueños y quiteños no formaban ya una sola nación, eran extranjeros y enemigos. Nacido en el Cusco o en Quito, de una ñusta quechua o de una princesa quiteña, Atahualpa criado lejos del Cusco, de sus instituciones y costumbres, era un extraño que no merecía la confianza de la ciudad imperial y de sus ayllus ancestrales.

Otra señal de la disolución era el abandono de los más fuertes principios de su propia cohesión social. La fuerza y la estabilidad del Imperio provenían de las santas normas agrícolas de los ayllus, trabajo obligatorio y colectivo, comunidad de la tierra, igualdad y proporción en el reparto de los frutos, tutela paternal de los jefes. Todo esto que había creado la alegría inkaica, en “el buen tiempo de Tupac Yupanki”, era abandonado con imprevisora insensatez. El Inka y sus parientes, la nobleza privilegiada, bajo el pretexto de las guerras, habían formado una casta aparte, excluída del trabajo, parásita y holgazana. En torno de ella se quebraban todos los viejos principios. El pueblo trabajaba rudamente para ellos; tenía que labrar no solamente las tierras del Inka y del Sol; y las de la comunidad, sino la de estos nuevos señores. El Inka, rompiendo la unidad económica del Imperio, obsequiaba tierras a los nobles y curacas, quienes las daban en arrendamiento a indios que las cultivasen, con obligación de entregar cierta parte de los frutos. Estas propiedades individuales, dentro de un pueblo acostumbrado al colectivismo, herían el espíritu mismo de la raza y presagiaban la disolución, o un ciclo nuevo bajo normas diversas. Los nobles favorecidos trataban de perpetuar el favor recibido, transmitiendo las propiedades a sus hijos. La herencia

trataba de imponerse como un signo de la aparición de la propiedad individual. El reparto periódico de las tierras se hacía cada vez más formal y simbólico. El Inka o el llacta camayoc confirmaban cada año a los ocupantes en sus mismos lotes de terreno, existiendo casi en realidad propietarios de por vida. Lo que se hacía anualmente era el reparto de lotes adicionales para los hijos que nacían o el de las tierras llamadas de descanso. Las tierras mejores eran en todo caso las de los nobles y curacas y éstos no trabajaban. Por allí empezaba a destruirse el gran imperio de trabajadores inkaicos. En el momento de la llegada de los españoles, la antigua unidad inkaica estaba corroída por tales gérmenes de división; uno económico, el descontento de clase del pueblo contra la aristocracia militar dominante, otro político, el odio entre cusqueños y quiteños. Todos los primeros testigos de la conquista, acreditaron la existencia de este último. Pero el malestar social y económico se percibe en el cronista de mayor intuición y levadura jurídica de los primeros tiempos. Gonzalo Fernández de Oviedo, después de interrogar acuciosamente a los primeros conquistadores que regresaban a España, tras de la captura de Atahualpa, consigna esta impresión inmediata y sagaz: "La gente de guerra tiene muy sojuzgada a los que son labradores o gente del campo que entienden la agricultura."

La lucha entre los dos hermanos —Huáscar y Atahualpa— pone en evidencia todos los males íntimos del Imperio. La traición y la cobardía, la incapacidad tejen la trama de la guerra civil. En cada general indio alentaba un "auca" o traidor. En el Cusco se sospecha de la fidelidad de Huanca Auqui, el jefe de las tropas de Huáscar, inexplicablemente derrotado en sucesivas batallas por los generales de Atahualpa, Quisquis y Calcuchima. Estos, vencedores arrogantes, no guardan ningún respeto por el linaje imperial de Huáscar, ultrajan de palabra a la Coya viuda de Huayna Capac y a la mujer de Huáscar y exterminan a todos sus parientes hasta las mujeres preñadas. "¿De dónde os viene vieja presuntuosa el orgullo que os anima?" dice Quisquis a Mama Rahua Ocllo ex-emperatriz venerada. El olvido o desdén por las tradiciones inkaicas llega, en este proceso de disolución, hasta la profanación. Atahualpa allana la huaca de Huamachuco que le presagia mal fin, derriba al ídolo y decapita al sacerdote. Huáscar desdeñaba las momias de sus antepasados, según Pedro Pizarro y Santa Cruz Pachacutic le acusa de haber autorizado la violación de las vírgenes del Sol. Quisquis y Calcuchima realizan, aún, el mayor desacato concebible a la majestad de los Inkas: la momia de Tupac Inka Iupanki fué extraída de su palacio, donde era

reverenciada, y quemada públicamente. Pero, la nota más característica de este desquiciamiento, que perfilan ya el desprestigio de la autoridad y el desborde sacrílego, es la acentuación de la crueldad. Atahualpa escarmienta ferozmente a los cañaris, haciendo abrir el vientre a las mujeres encinta, y dar muerte a sus hijos. Sarmiento de Gamboa, dice que Atahualpa hizo las mayores crueldades, robos, insultos, tiranías, "que jamás allí se habían hecho en esta tierra". El relato de las crueldades realizadas por los generales de Atahualpa en el campo de Yahuarpampa contra los parientes de Huáscar, —mujeres, niños, ancianos— , ahorcados, ahogados, muertos por hambre, es de una siniestra verdad. El final del Imperio de los Inkas estaba decretado, nó por el mandato vacío de los oráculos, sino por el abandono de las normas esenciales de humanidad y de severidad moral, y de las fuerzas tradicionales que habían hecho la grandeza de la cultura inkaica.

Raúl Porras Barrenechea.